



LORENZO SILVA

El hombre que destruía  
las ilusiones de los niños

Click  
EDICIONES

## Índice

Portada  
Dedicatoria  
Citas  
Una explicación previa  
El hombre que destruía las ilusiones de los niños  
Habitación 311  
Cierra los ojos  
Como cada mañana...  
Entusiasmos prematuros  
Un artista de la fe  
Fin de infancia  
Servicio de clientes  
Lo que tiene ser buena persona  
Un poco de simetría  
Una hora en la vida de Max  
La guerra del hombre solo  
Llega la Náyade  
Lo que Lola (nunca) supo de León  
Campaña de Navidad  
El paraca  
El hombre que pintaba en el aire  
In vino veritas  
Los ojos verdes  
Dobles parejas

Irina y el flautista  
Créditos

Te damos las gracias por adquirir este EBOOK

Visita [Planetadelibros.com](http://Planetadelibros.com) y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

---

**¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!**

Próximos lanzamientos  
Clubs de lectura con autores  
Concursos y promociones  
Áreas temáticas  
Presentaciones de libros  
Noticias destacadas

---

Comparte tu opinión en la ficha del libro  
y en nuestras redes sociales:



Explora Descubre Comparte

*Para Laura, Pablo, Judith y Nùria, los niños  
por cuyas ilusiones me toca velar*

«En el hombre aún está el niño que no puede jugar.»

CARLOS CASTILLA DEL PINO, *Aflorismos*

«There's a man going around, taking names,  
and he decides who to free and who to blame.  
Everybody won't be treated all the same  
when the man comes around.»

JOHNNY CASH, *The Man Comes Around*

## UNA EXPLICACIÓN PREVIA

Los cuentos que recoge este libro fueron escritos a lo largo de veinticuatro años. Allá por 1988 se me ocurrió el más antiguo, *La guerra del hombre solo*, y el más reciente, que es además el que da título al volumen, data de abril de 2012. No pretenderé que durante esos casi cinco lustros estuve manteniendo el empeño de llegar a juntar estos veintiún esbozos narrativos, o que lo hice con un sentido deliberado de unidad. La verdad es que fueron surgiendo aquí y allá en respuesta a estímulos diversos, algunos ni siquiera con la vocación de constituir una entidad autónoma, sino como parte de una empresa más amplia, individual o compartida con otros.

Sin embargo, al hacer inventario de los relatos que andaban desperdigados por las tripas de mi ordenador, me los fui tropezando y encontrando en todos ellos un hilo común, que además me pareció pertinente a los tiempos que atravesamos. Todos encierran, cada uno a su modo, un mensaje apocalíptico, en el doble sentido que tiene el término. En algunos se trata de una revelación anecdótica o hasta cierto punto trivial, y que resulta adversa o temible sólo en esa misma medida. En otros lo apocalíptico tiene rasgos más estremecedores, llegando al terror absoluto del último relato, *Irina y el flautista*, posiblemente lo más oscu-

ro y atroz que haya escrito jamás. Pero ya sea por la vía de desvelar una decepción banal o cotidiana, ya por exponer alguno de esos derrumbes de mayor alcance que nos afectan, todos los personajes de este libro han de enfrentarse a una verdad incómoda, cuya comprensión no me atrevo a decir que los hace mejores, pero sí más conscientes y menos ignorantes.

En cierto modo, es lo que nos ha ocurrido a todos con la sucesión de acontecimientos calamitosos que hemos vivido de 2008 para acá, y que nos ha despojado de una serie de ilusiones pueriles sobre las que habíamos ido construyendo un espejismo de prosperidad y desarrollo. Tiene su parte desagradable, que el hombre fatídico llegue y les diga a los niños que las cosas no son como creían; incluso puede representar una catástrofe que nos toca lamentar por el dolor y la añoranza que sin remedio provoca. Pero tiene su lado necesario, que es aquel que nos lleva a comprender que ese hombre antipático que hace lo que nadie querría hacer también cumple una función benéfica, la de desbaratar el tejido de mentiras y supersticiones que a menudo nos impiden asumir y resolver los problemas.

Algunos de los relatos precisan de una pequeña explicación. Tal es el caso de *Un artista de la fe*, *Los ojos verdes* y *Lo que Lola (nunca) supo de León*, que requieren para ser comprendidos en su integridad aludir a los presupuestos que los inspiran: en el caso del primero, la brillante idea de la Corporación esbozada por Fernando Marías en su novela *Esta noche moriré*; en el segundo, la bella y célebre leyenda homónima de Gustavo Adolfo Bécquer (que versiona y homenajea), y en el tercero, la película de Javier Rebollo *Lo que sé de Lola*, de cuyos personajes se sirve para proponer una continuación hipotética de la que por supuesto ha de

absolverse al cineasta, al que este relato tan sólo pretende reconocer el mérito de haber creado unos personajes llenos de matices y susceptibles de inspirar otras historias.

Para entender en su integridad el breve relato titulado *El hombre que pintaba en el aire*, resultará útil contemplar el cuadro titulado *Ciego músico*, de Georges de la Tour, que forma parte de la colección del Museo del Prado de Madrid, y que fue el que lo inspiró.

Finalmente, creo que debo indicar que tres de los relatos, *Fin de infancia*, *Llega la Náyade* y el antes mencionado *Irina y el flautista*, tienen en común ser de los más antiguos (los escribí allá por 1990) y formar parte de una novela inédita, *El arca oscura*, que ya fue parcialmente «canibalizada» en el año 2003 para aportar alguno de los relatos que formaban *El déspota adolescente* (entre ellos, el que daba título al libro) y de la que aún quedan páginas inéditas que el tiempo dirá si surge la ocasión de darlas a conocer. Por lo que toca a publicar la novela como tal, mi resistencia sigue siendo firme.

Varios de los relatos de este libro han estado disponibles gratuitamente en mi página web [www.lorenzo-silva.com](http://www.lorenzo-silva.com), donde seguirán estando, si bien he de advertir que algunos de ellos aparecen aquí en una versión revisada que puede diferir de la original que permanece publicada *online*. A todos los lectores que los leyeron allí, y a quienes con diverso pretexto me invitaron a escribir estas historias, va mi gratitud y el deseo de que el hombre fatídico no les destruya más ilusiones de las estrictamente imprescindibles.

Viladecans, 23 de septiembre de 2012

## EL HOMBRE QUE DESTRUÍA LAS ILUSIONES DE LOS NIÑOS

*Para Paco Ávila, por regalármelo*

Fernando rasgó el sobre con delicadeza, como tenía por costumbre. Extrajo la cuartilla y la desplegó lentamente. Recorrió el texto con la mirada, sin emitir sonido alguno. Pero al llegar a aquellas palabras no pudo contenerse. Leyó en voz alta:

*Prometo que no volveré a hacerle rabiar a mi hermana, ni siquiera cuando las titas le digan lo graciosa que es y lo alta que está y a mí, para variar, no me digan nada.*

Esperó a que el fragmento produjera alguna reacción a su alrededor. Pero no sucedió nada. Entonces, echando mano de su grave y bien modulada voz, se atrevió a hacer el comentario:

—Aquí la tenéis, apuntando maneras, desde la más tierna infancia. El peor enemigo de una mujer: otra mujer.

—¿Dices algo, Fer? —replicó Araceli, que no oía muy bien.

—Nada que merezca la pena escuchar, *as usual* —intervino Elena, que tenía, en cambio, un oído de lince, y que

no había podido dejar de oírle, ni al leer en voz alta ni después.

—Es lo que pasa, desde que el mundo ha dejado de bailar al son que ellos tocaban. Que no pueden entenderlo, y no paran de rumiar y de rezongar, como si eso les compensara de algo.

La tercera del coro, Susana, era la jefa del negociado. En cierto modo, y aunque a veces pareciera la más mordaz, era la que le mostraba más consideración. Incluso Fernando habría dicho que lo respetaba, cosa que no apostaría de las otras.

Como tantas otras veces, el hombre no replicó al desprecio de que le hacían objeto. Se concentró en su tarea, resuelto a llevarla a cabo de forma concienzuda, como solía. Era muy consciente de que era él a quien naturalmente le correspondía aquella faena. Y no por razones jerárquicas, que en rigor sólo podía esgrimir ante él Susana, la jefa, ya que Elena tenía la misma categoría que él y Araceli pertenecía a una escala administrativa inferior. El motivo principal de que él fuera el encargado de ocuparse de aquello era que se trataba de un trabajo sucio, incluso algo sórdido. El tipo de labor que, por su talante y carácter, venía a ser cosa de hombres.

Fernando había llegado incluso a desarrollar una teoría al respecto. Había hecho una lista de todos los oficios consistentes en llevar a cabo tareas abominables que le era posible identificar: verdugo, matarife, sepulturero, dictador, asesino en serie, taxidermista, pocero, marcador de reses, sexador de pollos, capador de gorrinos, esquilador, desollador, ballenero, cazador de bebés-foca, cazador de elefantes, cazador de grandes primates, pescador de inmadu-

ros, incendiario forestal, portero de discoteca, gorila de estrella del pop, pirata, francotirador, ejecutor de sentencias de castigo corporal dictadas con arreglo a la ley islámica, payaso agosto, payaso patético, aserrador, dinamitero, telepredicador...

Todas ellas, y hasta treinta y cinco más que llevaba inventariadas y que no se detallarán para no fatigar al lector, tenían algo en común: aunque no cabía descartar que alguna de ellas, de forma excepcional, las hubiera desempeñado una fémica (que otras, ni eso, o no que Fernando supiera), su sola evocación traía aparejada la imagen de un varón, y a duras penas admitían, siquiera como ejercicio hipotético, la forma femenina. Bastaba con hacer la prueba. ¿Verduga? Definitivamente extravagante. ¿Dictadora? ¿Acaso había habido alguna mujer que aceptara, en caso necesario, desempeñar ese rol odioso al que tantos varones se habían prestado con entusiasmo y abnegación? ¿Capadora de gorrinos? En fin, mejor no seguir.

En cambio, bastaba hacer un repaso de las profesiones tradicionalmente asociadas a las mujeres para comprobar que todas ellas tendían a tener una connotación amable, que ellas habían dado en acaparar, presentando como femeninos por antonomasia los oficios que, al contrario, consistían sobre todo en realizar tareas benéficas y deseables para su receptor. También Fernando se había hecho su lista: enfermera, azafata, masajista, esteticien, secretaria, recepcionista, manicura, maestra infantil, nodriza... Era cierto que en los últimos años se había admitido en algunos de estos oficios a los hombres, pero siempre de forma subsidiaria, y sin poder desplazar a las mujeres de su posición preeminente. Todas aquellas mercedes, que lo eran además de manera evidente e incontestable, desde confortar al enfer-

mo hasta recibir a uno y dirigirlo a donde uno quiere ir, pasando por la leal custodia de secretos, venían proverbialmente administradas por mano femenina, sin que los hombres que las ofrecían dejaran de parecer unos intrusos. Otras, como el ser amamantado o limpiado de excrecencias corporales antiestéticas, nunca habían salido ni saldrían del reducto de la feminidad.

También le parecía a Fernando sintomático lo que había ocurrido, tras la reivindicación y las conquistas feministas en el terreno de la igualdad, con los oficios que podríamos considerar neutros, es decir, con aquellos en los que no pesaba de forma demasiado nítida su carácter providencial o detestable. En absoluto se habían incorporado a ellos indiscriminadamente. Las mujeres habían invadido por oleadas, y copado, los más orientados a la solución y prevención de problemas: enseñanza general, administración de justicia, especialidades médicas, comercio. Los hombres, en cambio, seguían infestando esos otros trabajos que, aun sin ser *a priori* su objeto, acaban fastidiando antes o después al prójimo: obrero de la construcción, policía, taxista, asfaltador de autovías, piloto de la fuerza aérea, piloto de aerolínea comercial, pirotécnico, mimo.

Sobre la base de todas estas consideraciones, y algunos evidentes datos biológicos y antropológicos, Fernando había puesto a punto una tesis provocadora, que en ningún lugar habría posiblemente encontrado peor acogida que en aquel gineceo al que acudía cada mañana, pero que con la audacia del que no tiene nada que perder no se había privado de exponer a sus compañeras: la pretendida guerra de sexos, la supuesta voluntad de las mujeres de desarrollarse y contribuir a la sociedad en pie de igualdad con los hombres, era una falacia, una tergiversación cosmé-

tica de una realidad permanente y que el nuevo estado de cosas no venía sino a continuar, adaptándola a los tiempos. En síntesis, sostenía Fernando, el hombre había nacido para llevar a cabo todos los esfuerzos execrables y degradantes que pudieran presentársele, y por su propia condición natural se sentía inclinado a ellos y no deseaba evitarlos; y la mujer, por el contrario, estaba predestinada a la gracia del afán ennoblecedor, y a él se ceñía también espontáneamente. Por eso no albergaba el más mínimo deseo de equipararse al hombre en la asunción de las funciones sociales, sino sólo a desplazarlo en la mayor medida posible de aquellas que resultaban gratificantes, para consolidar y reforzar su monopolio sobre ellas, y cargarlo, hasta el límite de su capacidad, con todas las que presentaban algún matiz repulsivo.

Cuando decía esto, sus compañeras, dependiendo del día y del humor (o como Fernando rumiaba, esto sólo para sí: del cóctel hormonal que con arreglo a su edad generaba cada una), lo miraban como quien mira a un gusano o lo rebatían con vehemencia, embarcándose en rudos alegatos a cuyo término, humildemente, Fernando no podía sino interpretar que le daban la razón en su conjetura: lo que decía, sentenciaban, no era más que basura nacida del resentimiento de pertenecer a un sexo (o género, si hablaba Elena) que predisponía a la ineptitud para gestionar problemas que requiriesen dosis elevadas de inteligencia emocional y que fomentaba, en cambio, la embestida frontal como método de eliminación de obstáculos y logro de metas. Que en el mundo actual, cada vez más conformado por la visión y la sensibilidad femeninas, quedaran fuera de juego y relegados a funciones cada vez más indeseables y subalternas no sólo era un proceso lógico y razonable, sino una

forma de justicia que venía a enmendar un cúmulo de atropellos históricos.

Pero la escasa acogida que encontraban sus ideas no disuadía a Fernando de exponerlas. A fin de cuentas, no lo hacía para convencer a nadie (no andaba a la recaudación de votos, ni siquiera de unas simpatías que ya daba por imposibles), sino para matar el espantoso aburrimiento de aquella oficina.

—Diréis lo que queráis —observó al cabo de unos minutos, mientras tomaba otro sobre y rasgaba cuidadosamente su solapa con el abrecartas—. Y os podéis reír de mi sexo, al que ya sé que es una ignominia pertenecer, tanto como os plazca. Pero es una verdad incontrovertible: toda esa dulzura, toda esa calidez del estereotipo femenino, salta en pedazos cuando se trata de disputarle un espacio, el que sea, a una congénere. Una de las cosas que agradezco de ser varón es que, no estando exento de padecer la furia de las que no lo son, sí lo estoy de encontrarme en uno de esos torneos a muerte, con mi oponente lanza en ristre y dispuesta a esparcir mis tripas por el suelo y a hacer que su caballo las pisotee y defeque sobre ellas, si puede ser.

—Otra clásica vía de desahogo de la inferioridad masculina: la escatología —opinó Elena—. Por favor, Fer, ¿es que tienes necesariamente que conseguir con tus ejemplos que se nos revuelva el desayuno? Cuándo aprenderéis a ser sutiles, por Dios.

—La sutileza está sobrevalorada —respondió Fernando—. Por un exceso de sutileza hemos acabado no llamándole a nada por su verdadero nombre y maquillándolo todo. Otro signo, dicho sea de paso, de la feminización de la sociedad, que no redundará precisamente en que resulte más